

Más Allá de La Mente

Capítulo 1 (Un Niño Extraño)

—¡Buenos días niños! —dijo la maestra—. «¡Caramba!, este año son más que el pasado; estos pequeños monstruos me van a volver loca, tengo que pedir que me manden una asistente».

—¡Buenos días maestra! —respondieron en voz alta y con orquestado coro, los casi treinta infantes del aula de preescolar.

—Niños, ahí les he colocado plastilina para que hagan un modelaje del animalito que más les guste —propuso la maestra Ester, para asignarles una tarea que los mantuviera ocupados.

Crístofer Antonio Carrera Gómez, quien era un niño tímido de cinco años de edad, se acercó a la educadora con un rostro algo compungido.

—¡¿Maestra?! ¡¿Cuándo vienen los monstruos?! —dijo Crístofer en forma emocionada; pero, casi susurrándole a la señorita—. Es que no quiero que la vuelvan loca.

La maestra no sabía qué pensar en ese momento, dada la revelación hecha por Crístofer: «¿será que pensé en voz alta?»

Crístofer era un niño como cualquiera de los tantos que abundan dentro de las familias de clase media alrededor del mundo. Con un hermano que lo acompañaba en sus juegos y comunes complicidades de su edad, no era para él nada extraño mantenerse alejado del aburrimiento. A la edad de cinco años se le presentaba una rareza en su

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

comunicación con las personas con quienes interactuaba, él notaba que sus interlocutores hablaban sin mover los labios y desde la perspectiva de su edad, no le dio mayor importancia ni tampoco lo comentó con ninguno de sus familiares.

A medida que pasaba el tiempo y crecía, se hizo más curioso como para investigar si su experiencia era normal a la generalidad de los seres humanos. Pudo determinar mediante prueba de ensayo y error que, ese hablar sin mover los labios de los individuos circundantes, se manifestaba solamente cuando le molestaba algo en el oído derecho y, seguidamente introducía instintivamente alguno de los dedos para rascarse, también notó, que la particular manifestación no se daba con las personas que aparecían en los programas de televisión o radio. En fin, el hecho concreto descubierto por el niño, se producía únicamente en la forma presencial del sujeto que hablaba.

Aún hoy en día, a pocos minutos de ingresar a la sala de operaciones del hospital, recordaba que la primera vez que había tenido la primera sensación psíquica, fue cuando estudiaba preescolar.

La Escuela Elemental de San Remo, hacía honor homónimo a su pintoresco pueblo asentado al pie de las montañas nórdicas del estado del mismo nombre. El colegio estaba diseñada de tal forma, que los educandos pudieran desplegar todas sus facultades tanto intelectuales como motrices; era una política de su director que los estudiantes realizaran excursiones a la naturaleza abundante y circundante ya que, de esta manera aprendían acerca de los principios básicos de conservación ambiental y, al propio tiempo, lograban desarrollar en ellos el sentido de pertenencia que los hiciera consolidarse en el futuro como adultos responsables de la comunidad.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

Los habitantes de la villa, se caracterizaban por su afabilidad e inmejorable buen trato entre ellos; así como, hacia los turistas que solían visitarlos en todas las temporadas del año. Sus instituciones sólidas, añejas y tradicionales, se encontraban engalanadas por la confianza, estabilidad y credibilidad entre los lugareños.

La justicia era esgrimida y administrada por el Tribunal de Parroquia a cargo del juez de instrucción Juan Medina.

Dios era predicado e inculcado en las almas desde la Iglesia de la Santa Misericordia por el verbo fecundo del padre Armando López, hombre originario de España, entrado en los cincuenta años de edad y ordenado en su vocación cuando apenas había cumplido los veintidós.

La Casa de Gobierno Municipal estaba bajo el liderazgo de Federico España, quien desde los últimos veinte años ejercía el cargo de alcalde por no contar con competidores capaces de aventajarlo en sus aspiraciones del mandato civil.

La localidad era provista de los insumos alimenticios por la generosa personalidad de don Antonio Rojas, quien regentaba su tienda de abarrotes desde que tenía uso de razón, ya que esto lo habían determinado sus padres aun antes que él naciera.

Crístofer y su familia al igual que la mayoría de los pobladores, transcurrían sus vidas en esta atmósfera de comunidad regidamente organizada y de opiniones plurales de sus integrantes. Los fines de semana, era de masiva costumbre ir al balneario del Río «San Pedrito» a disfrutar de momentos de esparcimiento, sana recreación y el afectuoso trato compartido entre ellos. El cuerpo fluvial estaba vestido en sus riberas, por un

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

césped fino y muy bien cuidado, con un verdor que hacía anhelar el permanecer acostado sobre este, sin ser interrumpido por nada ni nadie.

El campo de fútbol también, era uno de los sitios preferidos por adultos y menores de edad. Tanto en días laborables como en los de descanso, esta instalación les agrupaba para animar animosamente a sus equipos.

—¡Lánzame a mí! —dijo Armando Carrera, el hermano de Crístofer. Los hermanos Carrera junto a sus amigos, gozaban entretenidamente en el terreno de fútbol de la comarca; el bullicio de sus risas y llamados de atención entre estos jugadores, mostraba la cara esperanzadora de la nueva vida que empezaba a refundar estas tierras. Crístofer, con el rostro perlado por el sudor, descansaba en uno de los escalones de las gradas, recuperando el aire que la actividad infantil le había consumido en el tiempo que estuvo en acción. En muchas ocasiones, Crístofer pudo predecir el próximo movimiento que alguno de sus amigos haría con la pelota; mas esto, nunca le pareció extraño, a diferencia del hablar casi mágico de ciertas personas en las circunstancias y lugares menos esperados.

Las veces que Crístofer había escuchado las voces sin que sus interlocutores movieran sus bocas, no le produjeron inquietud alguna debido a su candidez.

De esa edad, Crístofer recordaba la vez que junto a sus padres pudo presenciar cuando un vecino fue arrollado por un vehículo, cuyo conductor se encontraba bajo los efectos evidentes del alcohol. Era una noche oscura y fría del mes de febrero, cuando estando Crístofer en compañía de su papá, terminando de comprar víveres para su hogar, escucharon los frenos que se aplicaron sobre los neumáticos que quemaron el

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

pavimento, luego de lo cual, inexorablemente, el automóvil de un turista golpeó festivamente contra la humanidad de un sujeto. La gente se agolpó alrededor del herido, emitiendo cada quien sus impresiones y opiniones acerca del estado de salud del hombre, así como, de las condiciones del responsable del suceso. A los pocos minutos arribó una de las dos ambulancias con las que contaba el puesto de socorro y atención médica de San Remo. Los paramédicos con la rapidez e iniciativa que estos tipos de urgencia ameritan, procedieron al tratamiento primario del lesionado.

—¡Señor! ¡¿Puede hablar?! ¡¿Siente algún dolor?! —preguntó uno de los sanitarios—. Y pensó. «Este pobre diablo no pasa de esta noche».

Crístofer escuchó lo que había dicho el hombre y otra vez estaba allí, era como una ilusión para él; pero el niño no se quedó con ese enigma y lo compartió con el autor del mismo.

—Doctor, ¿por qué dice usted que el señor no pasará de esta noche? —dijo Crístofer, con la timidez que le caracterizaba.

El paramédico detuvo por unos segundos su mirada en el rostro del infante; mas no pudo responderle motivado a la premura que el ejercicio de su profesión le reclamaba.

Luego que llegara al hospital, tomara un café relajadamente y organizara sus ideas en relación al accidente de esa jornada, se dijo: «y pensándolo bien, ¿quién le dijo a ese niño lo que yo había pensado sobre el atropellado?, fue algo bastante raro».

Al día siguiente, el paramédico se despertó con la idea clavada, concreta y conectada a la pregunta formulada por el niño el día anterior. Se dijo: «voy a ver que me puede decir

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

el doctor Wendel acerca de esta cosa tan loca, no vaya a ser que sea yo quien esté fallando de la mente».

Se dirigió hacia el consultorio del psiquiatra, meditabundo y con paso lento.

—Buenos días señorita, ¿se encuentra el doctor? —preguntó el paramédico Rodríguez, algo tímido.

—Sí, espere un segundo —la secretaria se comunicó por el intercomunicador—. Doctor, aquí se encuentra un paramédico que pregunta por usted.

—Hágalo pasar, por favor.

—Buenos días doctor Wendel, disculpe la molestia, ya sé que pronto empezará a pasar consulta y no quiero quitarle tiempo, quisiera hacerle una pregunta sobre algo que me sucedió noche —expresó el joven sanitario.

—Buenos días Rodríguez; no chico, no te preocupes, creo que hoy va a estar flojo el día. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —dijo el doctor Wendel con la apacible receptividad que le caracterizaba.

—Anoche un niño me leyó la mente, doctor —dijo Rodríguez sin mucho preámbulo.

—¿Cómo fue eso amigo?, explícate por favor —dijo el doctor Wendel, con curiosidad.

—Doctor, cuando estaba atendiendo a un sujeto que habían arrollado, pensé: «este pobre diablo no pasa de esta noche», luego se acercó un niño que me dijo: «¿por qué dice usted que él no pasará de esta noche?» —contó el paramédico—. Y como estaba

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

muy estresado, no me fijé en lo que había dicho el niño hasta que me desocupé en el hospital; y repasé las escenas de lo sucedido.

—Bien Rodríguez, de entrada, debo decirte que lo más probable es que tú hayas errado en lo que pensaste o en lo que dijo el niño, o alguna de las dos frases esté distorsionada y, en cualesquiera de ambos casos el sujeto distorsionador serías tú. Estoy seguro que la tensión nerviosa te jugó una mala pasada —expuso magistralmente el galeno, con una sonrisa amplia en sus labios.

—Está bien doctor, por un momento pensé que teníamos un prodigio de la mente en el pueblo; pero si usted dice que fue una treta de la imaginación dominada por el estrés, me quedo más tranquilo; muchas gracias y disculpe la molestia —dijo Rodríguez más calmado.

—Nada de molestia Rodríguez, estamos para ayudarnos; siempre a la orden —dijo el doctor Wendel.

—Hasta luego doctor —dijo Rodríguez.

—Adiós Rodríguez, que estés bien —dijo el doctor Wendel para concluir el encuentro.

Rodríguez salió caminando con el ritmo que sus pensamientos imprimían en sus pasos.

Se observaba una tranquilidad mediana en las instalaciones del nosocomio, sin darse cuenta, estaba pasando por el área de neonatología y el retén le llamó tanto la atención que le hizo detenerse, y al ver a los bebés reflexionó: «¿Será posible que el ser humano pueda lograr penetrar en las mentes de sus semejantes y leer sus

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

pensamientos?». Rodríguez se quedó observando a través del cristal y detalló mucho la bóveda craneal de cada uno de los lactantes y se estremeció de emoción.

En la escuela elemental de San Remo, los acontecimientos telepáticos fluían con tan inusual frecuencia, que a Crístofer les parecían bastante divertidos.

Cuando estaban en clases, él se detenía en aspectos que llamaban su curiosidad con sus correligionarios y maestros, solamente con la intención de saber qué pensamientos realmente ocupaban su tiempo.

Había una niña recién llegada al pueblo que le causaba mucha atracción a Crístofer, su nombre era Anastasia Requena: pelirroja, grandes ojos azules, con unas pecas que cubrían la mayor parte de su rostro. Desde el primer día en que la niña Anastasia se había presentado ante la clase, él la observaba con curiosidad que luego pasó a manifestarse como un pronunciado sentimiento de ternura. De tanto en tanto, sus miradas hacían contacto de mágica complicidad ante cualquier incidente que se suscitaba dentro del aula de clases.

En el segmento de tiempo destinado al recreo, bañados por el bullicio y algarabía de los niños, cada quien aprovechaba para saborear las meriendas que sus padres habían dispuesto en sus fiambreras; Anastasia y Crístofer, con arreglo al fuerte lazo de amistad que habían creado, solían compartir los dulces y demás golosinas que como sorpresas descubrían al destapar sus envases.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

—¡A ver, a ver, cierra los ojos Ana, adivina qué es! Tiene leche y es dulce, ¡jjijji! —dijo un Crístofer muy divertido.

—¡Pues claro que sé, tonto! Dulce de leche, ¡jjajaja! Estás pasado Cris —dijo Anastasia, muy alegre y a gusto con las ocurrencias de su amigo—... Ahora, cierra tú los ojos: Es un dulce que lo sacan de una fruta que su árbol es alto y largo, a veces hacen un dulce que tiene que ver con los ángeles, ¿qué será?

—¡No, no, no, así no vale!, está muy difícil, dame más datos —dijo Crístofer.

—Está bien pues, pícaro. Las personas dicen que su fruto es como lechoso.

—¡Ajá...ájá! —dijo Crístofer, rascándose la cabeza—. ¿Será una vaca que se trepó a un árbol y luego la ordeñaron y sacaron leche e hicieron dulce?

—¡Ay, muchachito!, no hallas que inventar, ¡por Dios! No te hagas el payaso que no te luce... Cris, tú sabes qué es.

—Está bien, okey, es dulce de lechosa, ¡jjajaja! —respondió Crístofer.

—¡Correcto! Ahora a comer; prueba que está muy rico —dijo Anastasia.

—Prueba tú el dulce de leche; mi mamá no tiene competencia a la hora de hacer el mejor —dijo Crístofer, jactándose de las habilidades de repostera de su madre.

—No te creas eso, que mami también los hace muy buenos; un día de estos traigo dulce de leche para que veas, te vas a lamer los dedos —ripostó Anastasia.

—¿¡Anastasia!? Mira esa niña allá, la de trenzas con colitas rosadas —dijo Crístofer, señalando con la mirada.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

—Sí, ¿qué tiene?

—De vez en cuando la veo con unos moretones en los brazos y las piernas —dijo Crístofer, con cara de extrañeza—. ¿Qué será? ¿Una enfermedad? O ¿Que los papás le pegan mucho?

—¡Pobrecita! Pero si fuese maltrato de los papás, ya los maestros lo hubieran informado a la policía; porque en la escuela donde yo estudiaba, sucedió algo así y los papás terminaron presos, Cris.

—¡Papá! —dijo Cristina.

—Sí hija, dime —respondió el señor Jorge Arellano.

—En el colegio, la maestra asignó un trabajo en equipo y yo puse la casa a la orden; porque acá tenemos esta biblioteca y tal vez nos sirva sin tener que ir a la pública.

—Y, ¿cuántos compañeros de clase son? —preguntó el señor Arellano.

—Somos solo tres: Crístofer, Anastasia y yo.

—¿Cuándo vendrán, hija?

—Quedamos para el sábado a las nueve y media de la mañana.

—Okey Cristina, recuérdame para comprar algo de merienda.

—¡Claro que te recuerdo, papi! —dijo Cristina con alegría.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

El sábado, Crístofer pasó buscando a Anastasia por su casa; la madre de la niña le preguntó si quería desayunar, a lo que él contestó que recién había comido en su casa, aceptando luego de la insistencia una taza de café con leche que saboreó hasta acabarla. Se despidieron de la familia y emprendieron su caminata hacia la residencia de su compañera de clases, cargados con sus utensilios de estudio, la inocencia de la niñez y las ganas intensas de compartir momentos fuera del recinto escolar cotidiano.

El sábado se aparecía como un día soleado; pero con una temperatura bastante agradable, el aire puro se había activado por el receso que el tráfico vehicular marcaba en la jornada, al igual que en cualquier fin de semana.

Los pueblerinos aprovechaban para pasearse en sus caballos, bicicletas y los más hábiles y mozos hacían uso de patinetas con las usuales cabriolas, trucos y particulares morisquetas.

Mientras caminaban, los dos niños conversaban acerca de lo que observaban, cada uno dando su opinión con respecto a los diferentes vehículos empleados por las personas.

—Mi papá hace tiempo tuvo un caballo y lo montaba los sábados; a él le gustaba pasearme y yo me agarraba fuertemente a su cintura, era muy divertido —dijo Anastasia.

—Yo tengo una bici; pero tiene dañada la cadena y hay que comprarle una nueva —dijo Crístofer—. Mi hermano tenía una patineta que manejaba muy bien, hacía muchas

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

piruetas casi como un campeón, hasta que se cayó y fracturó el codo; mi papá, creo que la regaló o quizá la botó, no sé. Y, ¿qué pasó con el caballo de tu papá?

—Un buen día, digo, un mal día «blanquito» amaneció muerto en el pequeño establo en donde dormía, mi papá dijo que había sido un infarto porque ya estaba muy viejito, el pobre, mamá dijo que parecía estar envenenado; pero al final quedó así, muerto, sin saber en verdad de qué murió. Más tarde, recuerdo que llegó un señor mayor y junto con otros hombres, lo subieron en un remolque y se lo llevaron.

—¡Qué triste! Debes haber llorado mucho Ana —dijo Crístofer.

—¿Qué si lloré?! Recuerdo que estuve como tres días sin comer. Mis papás estaban tan angustiados y preocupados por mi salud, que hasta llamaron a un médico para que me revisara —dijo Anastasia con ojos expresivos y emocionada entonación al pronunciar cada palabra—. El señor me tomó el pulso, me puso un termómetro en la boca, luego puso la palma de su mano sobre mi frente, se colocó el estetoscopio en los oídos, lo calentó con su aliento y lo puso sobre mi pecho, después en la espalda y me pidió que tosiera, enseguida me dijo: «di AAA» abriendo él la boca como ejemplo; me metió una paleta que por poquito me hace vomitar lo que no había comido en días. Al final sacó un talonario, escribió, lo firmó y se lo dio a mi mamá. Estuve tomando esas medicinas con sabor maluco como por dos semanas, menos mal, porque eran bien desagradables, sabían como a murciélago.

—¡Ay!, ¡qué interesante, Ana, cuéntame la vez que probaste carne de murciélago! Yo también quiero comer, ¿cómo la preparaste, asada, guisada o en dulce? —dijo Crístofer con rostro inexpresivo.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

—¡Ay, chico!; pero tú en verdad estás pasadísimo de cómico, no ves que es un decir, no, no, Cris, tú realmente no tienes solución ¡jajaja! —respondió la niña, explotando en una carcajada incontenible.

—¡Ajá!, ¿estás viendo?; y, ¿si alguien lo tomara al pie de la letra?; es una mala costumbre del habla coloquial, ¿recuerdas? Como decía la maestra de lenguaje. A veces cuando hablamos nos pasamos, Ana ¡jajaja! —dijo el niño, actuando como censor lingüístico y al mismo tiempo disfrutando de esos gratos momentos de la infancia.

—Es cierto, Cris, tienen toda la razón tu y la maestra. Debe ser por la emoción que uno pone al contar algo.

—Esa es la casa de Cristina ¿verdad? —dijo Crístofer.

—No sé, yo apenas estoy llegando a este pueblo —dijo Anastasia.

—Según lo que recuerdo que me dijo, sí, debe ser aquella casa, la azul ¿la ves?

—Bueno, vamos y tocamos a la puerta, no nos va a salir un tigre y nos va a devorar, digo yo —dijo la niña.

—No te creas, se han visto cosas horribles por aquí; una vez unos niños que pedían dulces en noche de Halloween, les abrió la puerta «el hombre sin cabeza» y lo más extraño de todo, según cuentan los muchachos, fue que el hombre no les dijo nada —dijo Crístofer, muy serio con voz monocorde y misteriosa.

—Y, ¿por qué no les dijo nada?

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

—Bueno Ana, como no tenía cabeza, ¿con qué boca les iba a hablar? ¡jajaja!

—respondió el niño.

—¡Muy gracioso, el niño! Estoy pensando aquí, ¿no será que yo morí y, en lugar de habernos mudado acá, en donde realmente estoy es el purgatorio y esta es mi pena para llegar al cielo? —dijo Anastasia, en tono retrechero.

—¿Cuál pena, Ana? —preguntó el niño.

—Y, ¿cuál va a ser?, soportar todas estas payasadas como una historia sin fin ¡jajaja!

—Pero, no me digas que no te gustan; por lo menos te hacen reír, como dijera mi papá «a mandíbula batiente» —dijo Crístofer.

—Claro que sí, Cris, y, tal vez así tenga que ser nuestra niñez: despreocupados, con una familia que nos ama, con salud y sin apuros —dijo Anastasia reflexivamente.

¡Toc, Toc!

Los dos niños llamaron a la puerta aún llenos de incertidumbre de si era o no la residencia de su compañera de clase Cristina, y Anastasia en su imaginación iba más allá por el cuento que le acababa de relatar su amigo. A los pocos segundos abrió la puerta una señora pelirroja, con rostro afable y sonriente.

—¡Hola! ¡Buenos días! Ustedes deben ser los amiguitos de Cristina —dijo la señora Maritza Arellano.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

—Buenos días señora; sí, nosotros venimos a hacer un trabajo de investigación que nos mandaron en el colegio —dijo Crístofer—. Yo soy Crístofer Carrera y ella es Anastasia Requena.

—Mucho gusto, señora —dijo Anastasia.

—Pero pasen, por favor, Cristina los espera; esa muchacha casi no ha dormido pendiente de que ustedes venían hoy —dijo la señora Arellano.

—¡Jejeje! Con permiso —rieron ambos infantes, en forma de respuesta ante lo dicho por la madre de su compañera.

Caminaron por un estrecho pasillo e inmediatamente a la derecha se encontraba la sala recibidora, con dos grandes ventanas que dejaban apreciar un patio lateral cubierto por un césped verde intenso. La habitación contenía una pequeña biblioteca, así como, una mesa de estudio, con hojas de papel, lápices de grafito, tinta y colores.

—¡Hola Anastasia! ¡Hola Cris! Estaba algo preocupada de que no pudieran dar con la casa, como hay otras color azul en el vecindario —dijo la pequeña Cristina a manera de recepción a sus invitados—. Por favor, tomen asiento, ¿quieren algo de beber?

—Para mí, por favor, agua, que la caminata me secó la garganta —dijo Crístofer.

—Agua también, por favor —dijo Anastasia.

Al rato regresó Cristina con una bandeja plateada conteniendo una jarra de agua y tres vasos.

—Aquí tienen, cualquier otra cosa, me dicen, no tengan pena —dijo La niña.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

Los estudiantes empezaron sus labores; uno leía las preguntas y los otros dos buscaban consultar en la librería los volúmenes que, por el título en los lomos, pudieran satisfacer el tópico a responder.

—Buenos días, estudiantes —dijo el señor Arellano, quien acababa de llegar de la calle con el periódico en la mano—. ¿No los molesto si leo la prensa aquí?

—¡Hola, papá!, no, no nos molestas; mira, ellos son: Crístofer y Anastasia, mis compañeros de estudio.

—Mucho gusto, hijos; pero, no me hagan caso, imagínense que yo no estoy aquí o que soy invisible. Sigán trabajando.

Como Crístofer estaba designado a la lectura de las preguntas y la correspondiente anotación de las respuestas, de manera intermitente, echaba un vistazo hacia donde estaba sentado el padre de Cristina. Se trataba de un hombre delgado, con bigotes, tez blanca y que rondaba los treinta años de edad. Se notaba la forma algo exagerada en la cual ambos padres trataban de consentir a su hija en sus caprichos por más mínimos e insignificantes que parecieran. Ese hecho que nunca había visto Crístofer en otra parte, le parecía desproporcionado e irreal y, por un instante pensó que la conducta se debía a un sentimiento de culpa que afligía a los progenitores por algún tipo de abuso físico al que sometían a su propia hija. Repentinamente, Cristina opinó sobre un tema investigado con tanta inteligencia que, el señor Arellano dejó de leer el periódico y fijó la mirada sobre su niña. Crístofer dispuso su mayor atención sobre la expresión facial del padre de la niña, esperando enterarse de la causa de los hematomas que cada cierto tiempo surgían sobre la piel de su compañera.

“Más Allá de La Mente” Por: Miguel Ángel Moreno Villarroel

—«Tan inteligente mi niña y tener que vivir todo este horror» —pensó el señor Arellano, luego de lo cual bajó su mirada hacia el diario y continuó leyendo; escena en la que Crístofer no quiso insistir y propuso dedicarse a la tarea que les agrupaba.

Si te agradó esta porción del primer capítulo, ya está disponible la novela completa en Amazon; solo presiona sobre el enlace siguiente: <https://amzn.to/3c84eEN>